

RUDOLF OTTO

*Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*

4. *Mysterium tremendum*

Decíamos antes que del objeto numinoso sólo se puede dar una idea por el peculiar reflejo sentimental que provoca en el ánimo. Así, pues, es «aquello que aprehende y conmueve el ánimo con tal o cual tonalidad». Nuestro problema consiste en indicar cuál es esa tonalidad sentimental, intentando evocarla por medio de analogías y contraposiciones de otros sentimientos afines y de expresiones simbólicas. Consideremos lo más hondo e íntimo de toda conmoción religiosa intensa, por cuanto es algo más que fe en la salvación eterna, amor o confianza; consideremos aquello que, prescindiendo de estos sentimientos conexos, puede agitar y henchir el ánimo con violencia conturbadora; persigámoslo por medio de los sentimientos que a él se asocian o le suceden, por introyección en otros y vibración simpática con ellos, en los arrebatos y explosiones de la devoción religiosa, en todas las manifestaciones de la religiosidad, en la solemnidad y entonación de ritos cultos, en todo cuanto se agita, urde, palpita en torno a templos, iglesias, edificios y monumentos religiosos. La expresión que más próxima se nos ofrece para compendiar todo esto es la de *mysterium tremendum*. El tremendo misterio puede ser sentido de varias maneras. Puede penetrar con suave flujo el ánimo, en la forma del sentimiento sosegado de la devoción absorta. Puede pasar como una corriente fluida que dura algún tiempo y después se ahíla y tiembla, y al fin se apaga, y deja desembocar de nuevo el espíritu en lo profano. Puede estallar de súbito en el espíritu, entre embates y convulsiones. Puede llevar a la embriaguez, al arrobamiento, al éxtasis. Se presenta en formas feroces y demoníacas. Puede hundir al alma en horrores y espantos casi brujescos. Tiene manifestaciones y grados elementales, toscos y bárbaros, y evoluciona hacia estadios más refinados, más puros y transfigurados. En fin, puede convertirse en el suspenso y humilde temblor, en la mudez de la criatura ante... - sí ¿ante quién? -, ante aquello que en el indecible misterio se cierne sobre todas las criaturas. Se comprende una vez más que nuestro intento de definir por conceptos ha de ser puramente negativo. Pues el concepto de misterio no significa otra cosa que lo oculto y secreto, lo que no es público, lo que no se concibe ni entiende, lo que no es cotidiano y familiar, sin que la palabra pueda caracterizarlo y denominarlo con mayor precisión en sus propias cualidades afirmativas. Sin embargo, con ello nos referimos a algo positivo. Este carácter positivo del *mysterium* se experimenta sólo en sentimientos. Y estos sentimientos los podemos poner en claro, por analogía y contraposición, haciéndolos resonar sintónicamente.

7. El aspecto fascinante

El contenido cualitativo de lo numinoso - que se presenta bajo la forma de misterio - está constituido de una parte por ese elemento antes descrito, que hemos llamado *tremendum*, que detiene y distancia con su majestad. Pero, de otra parte, es claramente algo que al mismo

tiempo atrae, capta, embarga, fascina. Ambos elementos, atrayente y retrayente, vienen a formar entre sí una extraña armonía de contraste. Este contraste armónico, este doble carácter de lo numinoso, se descubre a lo largo de toda la evolución religiosa, por lo menos a partir del grado de pavor demoníaco. Es el hecho más singular y notable de la historia de la religión. En la misma medida que el objeto divino-demoníaco pueda aparecer horroroso y espantable al ánimo, se le presenta otro tanto como seductor y atractivo. Y la misma criatura, que tiembla ante él en humildísimo desmayo, siente a la vez el impulso de reunirse a él y apropiárselo en alguna manera. El misterio, no sólo es para él maravilloso, sino además admirable; de suerte que, al efecto del numen que conturba y trastorna los sentidos, se añade el efecto dionisiaco que capta los sentidos, arrebatada, hechiza y a menudo exalta hasta el vértigo y la embriaguez. Las representaciones y conceptos racionales que corren paralelos con este elemento irracional fascinante y sirven para esquematizarlo, son el amor, la misericordia, la compasión, la piedad, todos ellos ingredientes naturales de la vida espiritual corriente, si bien pensados en su perfección suma. Pero por mucha parte que tengan estos elementos en la emoción religiosa de la beatitud, esta no queda completamente expresada y agotada por ellos. De la misma manera que la infelicidad religiosa -cuando se siente la ira- contiene elementos profundamente irracionales, igual ocurre con su pareja contraria, la beatitud religiosa. Esta es algo más, mucho más, que el simple estado de confianza, de esperanza, de ventura amorosa, aun en sus formas más exaltadas. La cólera comprendida en un sentido puramente racional o ético no agota aquel profundo horror y espanto, encerrado en el misterio de la divinidad. Asimismo, tampoco el «ánimo clemente» explica y expresa por entero ese aspecto profundamente admirable que se siente en el beatífico misterio de la divinidad. Puede designársele con la palabra «gracia»; pero entonces ha de entenderse ésta en el pleno sentido de la palabra, tal como la aplicaron los místicos en su lenguaje, de manera que signifique «clemencia», pero al mismo tiempo algo más que eso.